

EL PLANTEAMIENTO DE LA IDEA EN LA HISTORIA

por *Alfredo Hoppe Boock.*

El problema de la historia es, en la filosofía actual, una de las cuestiones de mayor preocupación suscitada por el afán de progreso que las disciplinas de la cultura han cobrado en nuestro tiempo, especialmente desde que las investigaciones de Wilhelm Dilthey abrieron un nuevo y fecundo camino en el apartado de las ciencias del espíritu, y cuyo intento de análisis recién ahora empieza a ganar profundidad.

La historia como objeto de investigación y esclarecimiento ya alcanzó importancia con las obras de Vico y Herder, pero el intento de profundidad y penetración esencial, es manifestación clara de nuestro siglo donde las antiguas querellas nacidas del cuadro total trazado por Hegel aparecen con caracteres de franca problemática, es decir, con el derecho del filósofo a considerar esta aún confusa y compleja disciplina como solar de sus preocupaciones naturales.

Tal como lo ha sostenido Ernst Cassirer, y otros pensadores alemanes, cada día se hace más necesario una reconsideración de la historia bajo nuevos conceptos, forjados, desde luego, con elementos proporcionados por la Cultura ya que ella marcha en afinidad vital con el gran proceso histórico de la humanidad. Sin llegar a la aceptación que el hombre no tiene naturaleza sino historia, nos vemos obligados a reconocer que estamos al borde de un nuevo descubrimiento, tal como acontece en el campo de la geometría que ya ha partido de un concepto no-euclidiano de sus fundamentos.

Este cambio en la visión de la historia se hace cada vez más patente debido al problema de la crisis que invade por todos sus costados y posturas al hombre actual. (1).

Es natural e inevitable que la historia sea la disciplina que mayor dependencia tenga con las demás ciencias, pues, sus elementos estructurales y sus nociones continuamente reclaman nuevos fondos para fijar estamentos, por una razón fundamental: Su estricta dependencia con la vida y la cultura, las cuales, en grado eminente son cambiantes, o más bien un proceso permanente de objetivaciones que afinan sus raíces en un pasado invariable en sí pero cambiante bajo el signo de la interpretación futura y, por su cualidad de no entregar su total contenido.

De esta manera la historia es un proceso y a la vez una dirección del espíritu actual determinada por los haberes culturales, por la objetivación específica del hombre que llega hasta el investigador bajo formas del pasado sin cambios esenciales, pero sí de interpretación.

Es la disciplina del sentido de la vida que reflexiona acerca de ella misma tomando la mínima y máxima extensión humana: el individuo y la sociedad, con sus situaciones, interacciones, compenetraciones axiológicas y psíquicas, etc., constituyendo a cada elemento en objeto actuante dentro de una esfera que también va de la mínima realidad individual a una concepción cósmica captable como puramente posible en lo concerniente a dimensionalidad histórica.

¿Qué busca la historia? ¿Hechos, ideas o al hombre mismo? ¿Dónde comienza su labor y hasta dónde llega?

La historia parte del hombre y termina en él y con él; no considera las ideas en sí porque no le corresponde, sino las consecuencias que éstas una vez formadas tienen en el individuo y la sociedad. "Su misión es hacernos verosímiles los otros hombres. (2).

La idea en sí no tiene historia: es entidad trascendente con existencia independiente de las contingencias de los procesos relacionales humanos, pero sí es el arquetipo donde el desarrollo histórico ya consecuenciado ha tenido su origen. La historia, entonces, es acontecer humano en el plano individual y social, y nada más. Lo que está más allá de esto, lo no sometido esencialmente a cambios, es universal, permanente y en la medida que lo captemos como tal puede traducirse en formas de conducta: pasa a constituirse en historia por cuanto se objetiva o participa en signos o símbolos, sin que por ello la idea inmutable en sí experimente variaciones.

La mayor o menor actuación de la idea al convertirse en historia, reside únicamente en la manera cómo nosotros reforcemos in mente, o mejor, clarifiquemos la existencia de la idea pura y su amplitud.

En lo histórico, hablamos de hechos extra-individuales casi siempre, sencillamente porque la vida y los actos plantean problemas cuya evidencia no es conocida ("erlebnis") y cuyo sentido tratamos de esclarecer en los otros o en el pasado. En todo esto nuestra vida se da como algo transparente, aunque reconozcamos sus problemas, sus enigmas y hasta su insonabilidad. Pero ello es algo incorporado vitalmente, e innegable, no así lo de los demás que son quienes hacen verdaderamente historia para nosotros y que son elementos de objetivación cuyo significado y acto siempre es de otra

(1) Véase, del autor: Instituto de la Crisis y Nuestro Tiempo.

(2) Ortega y Gasset: Prólogo Historia de la Filosofía, E. Brehier, pág. 26. Edición 1942.

vida, paralela a la nuestra o semejante, la cual posee, por sus dimensiones y contenidos algo de lo nuestro o de nuestro tiempo.

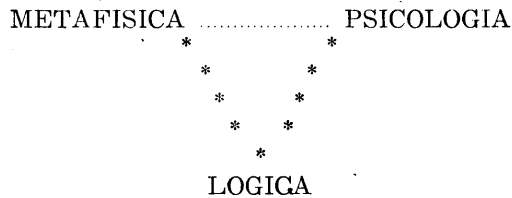
De esta suerte la historia pasa a ser el gran proceso relacionador de objetivaciones acuñadas a lo largo de la vida de la humanidad —en sus tramos conocidos— y cuyo sentido y proyecciones sólo existen en virtud del contacto social-individual en cualesquiera de sus formas bajo la condición de receptaculizarse en algo real, tangible, ya sea material o espiritual.

He aquí el valor de los documentos, de las formas sociales como el Estado, instituciones, archivos, monumentos, epigrafía, filología (Sprachkunde), arqueología, etc.

No pretendemos en esta publicación escribir los fundamentos de la historia sin desbrozar su “continuo hacer”, sino que exclusivamente fijar las instancias filosóficas que inciden en sus constituciones sin que éstas nos autoricen hablar aún de filosofía de la historia dado el carácter de multidimensionalidad de ésta.

Todo proceso histórico tiene sus antecedentes en la IDEA y vale históricamente en cuanto ella logra darle un sentido a la vida, ya sea individual o social de un grupo, pueblo o la humanidad.

La idea en cuanto cae sobre la historia, es decir en el proceso de la vida orientándola, lo hace de tres maneras: Lógico, metafísico y psicológico, sin que hasta el momento ninguna de estas formas, en estricto sentido, haya dominado el acontecer histórico (vital) exclusivamente. Pero podemos señalar el siguiente esquema como camino seguido más frecuentemente en la disciplina que nos ocupa en cuanto es informada y dirigida por la IDEA



La historia en esta forma sería, dentro de lo aproximado, un intento de ordenación de la relacionabilidad objetivada para una concepción y comprensión del hacer humano en el tiempo y espacio.

La historia es una contemplación de la vida extra-individual en un intento de comprender, en un afán de posterior problematización sobre la base de un material permanentemente renovado y cuyo enlace estructural está regido por los tres tipos de ideas en el orden metafísico, psicológico y lógico, perteneciendo el último ya al propósito de sistematizar los hechos pres-tándoles carácter científico.

El acto de la contemplación no es de ninguna manera extraño aun a la etimología misma de la palabra “idea”, que significa ver, contemplar. Pero debe esclarecerse que en el apartado histórico la idea debe tomarse en un sentido dinámico, como modelo actuante sobre el plano humano e informando a los sucesos en un sentido direccional —tal como la concepción platónica lo sostenía. Si en general el concepto idea de Platón ya ha sido superado, ello en absoluto significa que muchas de sus formas no tengan vigencia en los procesos humanos que, como la historia reciben su estructura en el campo de las ideas, o sea que son participados por ésta en actos inteligibles.

Talvez la concepción “idea” de San Agustín y Duns Scoto en su senti-

do jerárquico-psicológico sea la más próxima a nuestra posición de "idealidad histórica", pues, las ideas que podríamos denominar tipo van impregnando el pensamiento individual y colectivo y los miembros de la sociedad, a su vez de acercarse consciente o inconscientemente a la realización de la idea-tipo fijada mentalmente como máxima perfección o la meta misma de sus aspiraciones terrenales o divinas.

En este sentido, las religiones trabajan empleando las tres ideas ya señaladas en el triángulo anterior, haciendo residir su finalidad en el vértice metafísico, trascendente al mundo que hasta cierto punto es despreciado, aceptándolo únicamente como un medio fatal para llegar al otro prometido siempre que se dominen los estudios psicológico y lógicos. El Estado, las instituciones, los partidos políticos, los grupos, las razas, también fijan sus ideas tipos, y las leyes, reglamentos, programas de acción y todas sus formas de vida directa o indirectamente van dirigida a la realización de la "idea tipo" señalada en la teoría del Estado, de las instituciones, de los partidos, etc.

El camino recorrido por estos entes, deja sus materiales en lo que denominamos fuentes bajo las formas de signos y símbolos, los cuales el investigador tratará de comprender, analizar y exponer en un proceso de idealidad también, llegando en este sendero o tratando de hacerlo ya que pocas veces lo consigue, a la idea originaria, a la idea tipo-dinámica que determinó ese hecho histórico.

El hombre, en este sentido, realiza un doble trabajo, distinto, paralelo e inseparable. Primero concibe su arquetipo ideal —que en los primeros tiempos fué puramente mítico y, en consecuencia, los más remotos materiales de la historia los encontramos en estas formas caóticas, oscuras e indecifrables—, o lo descubre reflexivamente tratando de determinar sus contornos y fijando en lo posible su contenido, el cual siempre va en aumento por la añadidura de experiencias vitales, como acontece con el crecimiento de las religiones y de las transformaciones experimentadas por las concepciones del poder y del Estado. Después, la idea tipo pasa a difundirse en el grupo humano cobrando un carácter social, y en cuanto esto acontece se transforma en una preocupación, en un hacer que se convierte en historia y fija sus puntos sobresalientes en el tiempo valiéndose del simbolismo del calendario y de la descripción circunstancia de espacio.

Así, pues, los sucesos históricos han sido movidos por ideas, por grandes concepciones de tipo dinámico que han penetrado en la conciencia de los pueblos y hacia las cuales se han polarizado las voluntades en un afán de acercamiento a la IDEA. De esta manera surgió la grandeza del Egipto, de Israel, Babilonia, Grecia, los Arabes, la Iglesia Católica que durante toda la Edad Media construyó la civilización cristiana amargando elementos de otras culturas para dar un tipo especialísimo histórico cuya IDEA sigue dinámica pese a las modificaciones introducidas por las grandes corrientes que se han sucedido desde el Renacimiento hasta el marxismo y el nacional socialismo de nuestros días.

El descubrimiento de América anticipado en la idea de Colón representa antes de ser "hecho", un caso especial para el mundo histórico, pues el Gran Almirante no logró preñar en un pueblo como el español la idea de una aventura. Los españoles no se sacrificaban por una ruta, sino deseaban una meta. Si Colón les hubiese propuesto un "nuevo mundo", entonces, posiblemente, el destino mismo de España sería otro en la actualidad.

Tal como lo sostiene el ilustre filósofo argentino Romero, en su breve ensayo "Influencia del Descubrimiento de América en las Ideas Generales (3). La era del Descubrimiento es una de las épocas de mayor actividad in-

(3) Ediciones Universidad de la Plata.

telectual de toda la historia. Se inaugura en ella una nueva filosofía, una nueva visión del cosmos, una nueva ciencia de la naturaleza. La Antigüedad prodiga sus tesoros redescubiertos, las naciones robustecen su vida política autónoma y los pueblos elevan su lengua vernácula a la suma dignidad literaria. Las mayores mentes de Europa buscan una nueva confrontación con hechos e ideas, una imagen más cabal del mundo, un método riguroso para alcanzar la verdad por la razón y la experiencia, un saber estricto y directo de las creaciones del genio antiguo. Esta universal renovación que es el Renacimiento, América cobra su hora, se adelanta a ocupar un sitio en los destinos de Occidente, perfeccionando la redondez del planeta e introduciendo un motivo más en la renovada actividad de la inteligencia europea”.

“Coincidiendo con este afán de ir a las cosas mismas, de leer en el gran libro del mundo, aparece de pronto todo un haz de cosas inauditas, abre el libro del mundo un capítulo secreto hasta entonces. Las nuevas de América alimentan la curiosidad y la encienden; es como si la curiosidad se hiciera más ancha y robusta, más esperanzada, dócil al reclamo de una flamante realidad que parece imaginación. Con la ampliación de la inteligencia geográfica sobreviene por tanto una ampliación de la inteligencia europea. “Sirvió Colón al género humano —escribe Humboldt— ofreciéndole de una vez tantos objetos nuevos al estudio y a la reflexión; engrandeció el campo de las ideas e hizo progresar el pensamiento humano”.

Al lado de la genialidad de Colón, la IDEA en un pueblo como el español cobra repentinamente sus fueros, y es España íntegra que se lanza a construir uno de los solares más importantes de la historia de la humanidad, afirmando su vitalidad como pueblo, como raza y más que nada como grandiosidad histórica y filosófica sin precedentes y cuyas consecuencias —la idea, mejor dicho— siguen dinamizando todo el acontecer humano de nuestros días catalizada por la interdependencia del género que crea aceleradamente objetivaciones de la mayor jerarquía cultural.

Y en toda esta compleja situación, el historiador debe proceder con buen sentido, para descubrir el armazón de la gran idea que movió los hilos de este suceso histórico, y valga lo de América para todos los anteriores hechos históricos.

Hasta ahora, generalmente, el concepto “historia” ha ido aparejado al de cambio, sin reparar que en ella existe un elemento sustancial que continuamente le presta estructura. Y es a este elemento que se reduce en último trámite todo el proceso histórico: LA IDEA. Investigamos en este campo bajo condiciones de pura idealidad, con las formas que la idea tipo-dinámica condicionó en la “masa psíquica” de las colectividades y que ellas transformaron en historia propiamente dicha.

Innegablemente, cuando la reflexión cae sobre su material se encuentra con elementos materiales que guardan un contenido ideal registrando hechos que fueron y los cuales jamás podrán ser sometidos a experimentación y ni siquiera se repetirán. Por lo tanto, el historiador tiene que reconstruir el pasado trayéndolo a existencia diferente de lo que fué. En otras palabras, las únicas armas con que podrá volver sobre el pasado serán las que le permitan remontarse a la causa eficiente, a la idea, haciendo un trabajo intelectual puro en un plano de estricta idealidad.

Todo el pasado lo encontramos en materiales que guardan objetivaciones. Y la Historia es cultura por este mero hecho, pues el espíritu movido por la idea tipo-dinámica se deposita para el investigador en los entes que son los objetos culturales, que van de la forma más humilde hasta las más

elevadas creaciones del hombre (4). Entonces se entra a analizar, comparar y reconstruir situaciones del pasado valiéndose del único elemento que ha cobrado pernanencia independiente de lo lo contiene: el símbolo.

La idea causal de la historia tiene su consecuente permanente, antes y después del hecho, en el símbolo (5).

Es verdad que el documento y cualesquiera de los receptáculos comunes de la historia constituyen las fuentes, y los historiadores profesionales se apegan a estos materiales como el único criterio cierto para escribir. Pero, después de lo que hemos expuesto salta a la vista que éstos son meros accidentes "necesarios" para el conocimiento, y nunca esenciales. El receptáculo histórico nada vale en sentido estricto si no existe el poder de penetración ideal que desbroce su contenido real, y esto es, justamente, lo que presta carácter al historiador. Poco importa a éste la estructura material del vehículo simbólico, tiene que desentenderse hasta cierto punto de la materia para penetrar "un estado de vida en el pasado", específicamente humano. Es claro que la materialidad donde reside la historia tiene mayor jerarquía que el resto del mundo físico por encontrarse ahí una objetivación del espíritu puramente humano, ya distante de nosotros por tramos de tiempo.

Así una piedra tal como está en la naturaleza no "tiene valor". Pero si se trata de una piedra con inscripciones o que denote alguna intervención humana, deja de ser "materia física" para convertirse en algo de mayor profundidad y motivo de reflexión aunque nunca lleguemos a percatarnos de su contenido; el sólo hecho de revelar intervención humana en ella la hace entrar en el campo de la cultura y por ende en el de la historia.

Inmediatamente después del descubrimiento del objeto histórico entra en función el símbolo, el cual, a su vez, es término medio entre los extremos idea y materia.

El elemento que nos dice cómo fué realizada la idea, es el símbolo.

Con su trabajo simbólico el historiador se impone una tarea que lo señala en forma muy especial entre los investigadores, apartándolo de las ciencias experimentales y de observación por la manera peculiar de introducirse en una realidad simbólico para descubrir en su fondo la idea directriz y el antecedente del hecho histórico.

Ahora bien, mientras mayor sea la adecuación mental del historiador con los ideales que determinaron sucesos históricos, más viva y profunda, certera e imparcial será la reconstrucción que se haga del pasado. El esfuerzo mental para cumplir su cometido debe tener presente la idea motor que encierra cada receptáculo histórico. La relación entre idea y hecho, es que éste será de mayor trascendencia y extensión cuanto más la idea -tipo-dinámica actúe sobre una época y sobre la sociedad.

La sociedad, entonces, no es más que actualización dinámica de la idea, y la historia será siempre legítima y justificable mientras no se aparte de la Idea, del Símbolo y de la Vida.

A. H. B.

(4) Fco. Romero, Cultura Moderna, pág. 51, Edic. Universidad La Plata, 1943.

(5) Hoppe Boock, Idea y Símbolo, ensayo, de próxima aparición.